

¿Qué intervenciones posibles en territorio? Una lectura de Fernand Deligny

Domínguez, María Eugenia

Iturria, Rosario

Sorge, Ariana

teléfono: 2291 461630

email: arianasorge1@gmail.com

Facultad de psicología, UNMDP

Eje temático: 2. Abordaje Comunitarios interdisciplinarios e intersectoriales

Subtemas: 1. Abordaje de la salud mental; 6. Consumos problemáticos; 21. Problemáticas Sociales y Comunitarias.

Palabras clave: territorio, vulnerabilidad, consumos problemáticos, Fernand Deligny

Resumen

El presente trabajo surge en el marco de la labor realizada en el Dispositivo Territorial Comunitario dependiente de la SEDRONAR, ubicado en el barrio El Martillo de la ciudad de Mar del Plata. Allí trabajamos con personas se encuentran en situación de vulnerabilidad psicosocial, especialmente aquellas que tienen consumo problemático de sustancias. En este último año se fue gestando al interior del equipo un espacio destinado a compartir lecturas, pensar juntxs y también escribir. Dicho espacio al comienzo no tenía fecha, tiempo, ni una lectura estipulada, sino que surgía cada vez por la necesidad de encontrarnos en la intimidad de una conversación. Actualmente nuestros intercambios rondan en torno a la poesía, sociología, psicoanálisis, política y todo aquello que nos permita reflexionar sobre la tarea y a cómo ésta se entrelaza con nuestras

vivencias singulares. Así las dudas sobre nuestro accionar, incomodidades frente al status quo, enojos, inseguridades, incluso el entusiasmo desbordante de compartir una idea, un sueño, una poesía, un autor descubierto, fueron encontrando un cauce por donde transitar.

Entendemos que la tarea que llevamos a cabo en territorio y en las condiciones laborales precarias en las que lo hacemos, se vuelve, por momentos, agotadora, pero es en el encuentro con unx otrx, mediante la calidez y el afecto, que algo del malestar cede y nuestros cuerpos vuelven a airearse; y es en el pensar en colectivo que algo del deseo se relanza.

Dentro de nuestrxs autorxs elegidos se encuentran: Marcelo Percia, Franco Ingrassia, Colectivo Juguetes Perdidos, Donald Winnicott, César González, Anne Dufourmantelle y otrxs autores, contemporáneos o no, argentinos o extranjeros. En esta búsqueda descubrimos un pequeño libro de un autor francés, Fernand Deligny, titulado “Semilla de crápula. Consejos para los educadores que quieran cultivarla” (Deligny, 1945), texto escrito en la posguerra en Francia. Deligny dedicó su vida a trabajar con niñxs autistas, delincuentes, los llamados “inadaptados”, “retrasados”, “niñxs problema”, aquellos que no se inscriben en los modelos hegemónicos que la sociedad impone en cada época.

En “Semilla de crápula” el autor redacta una especie de guía para educadores, caracterizando al oficio como “oficio de planchadora”, es decir, que desde la mirada adultocentrista, progresista, supuestamente inclusiva, esxs pibxs vienen arrugados, desprolijos, y es aquel en el lugar de educador (allí nosotrxs ubicamos: trabajadorxs de centros de referencia, la policía, lxs vecinxs, los medios de comunicación, el Estado, incluso trabajadorxs de la salud mental) que puede moldearlos, acomodarlos, y en este accionar despojarlos de sus proyectos (nosotrxs leemos: sus anhelos, sueños, afectos). El texto, lejos de dar consejos aplicables, transmite que no hay posibilidad de bajar línea, de usar recetas o fórmulas para trabajar con estos pibxs, y que el oficio de de planchadora tiene sus fisuras: algo siempre se escapa (Foucault, 1975). Nos interesa leer estas páginas a la luz de nuestro contexto actual de trabajo con las preguntas, saberes, e

incomodidades que aparecen cuando trabajamos con estos jóvenes, los “pibes silvestres” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014), y también con los adultos que crecieron en lo silvestre.

Así como Deligny, hablamos y pensamos desde la trinchera de nuestro dispositivo, desde un consultorio o tomando mates en la huerta, es decir, desde los hechos cotidianos que nos toca escuchar, oler, palpar. En un momento donde el mercado y los gobiernos de derecha se van apropiando sobre los sentidos atribuidos a las cosas, la vida, la felicidad, y los lazos van perdiendo fuerza, estar en el territorio y trabajar con lo silvestre que crece allí se vuelve de suma importancia.

A raíz de estos encuentros y lecturas nos preguntamos: ¿Qué lugar posible de intervención en territorio?

¿Qué intervenciones posibles en territorio? Una lectura de Fernand Deligny

Introducción

Trabajamos en el Dispositivo Territorial Comunitario del barrio El Martillo, recibimos y atendemos personas que se acercan porque algo de sus vidas se les complica debido al consumo, porque viven al límite de lo que sus cuerpos aguantan, porque la plata no alcanza y la precariedad material y simbólica les come los talones. También recibimos jóvenes que al intentar hacerse un lugar en este mundo, se complican con la justicia y son mandados a hacer tratamiento para bajar la pena; en su mayoría vienen traídos por sus madres cansadas, angustiadas y enojadas con ellxs, siendo la ausencia de la figura paterna la regla. A veces llegan porque quieren sentirse mejor.

Frente a este escenario se nos hizo necesario encontrar un espacio por fuera de las reuniones de equipo para compartir resonancias, sentires, pesares de nuestra práctica diaria. El espacio de lecto-escritura y co-visión que conformamos y denominamos “espacio experimental” se erige como un ejercicio de cuidado de nuestra propia salud mental como trabajadoras, sabemos, ello construye mejores prácticas para con nuestros usuarios. Nos nutrimos de una diversidad de lecturas que nos posibilitan pensar en colectivo nuestras intervenciones e intercambiar ideas.

Deligny en territorio

Fue en enero de 2024 que se conformó el espacio de experimentación, motivado entre otras cuestiones por la incorporación de nuevas trabajadoras que nos insertamos para ser parte de la asistencia individual y grupal, acompañamiento a familias, talleres, espacios promo-preventivos, entre otros. Le fuimos dando la forma que hoy tiene en función de la disponibilidad de tiempos con los que contábamos, hasta que llegamos a establecer día y horario fijo. Aquí circula el mate y la palabra, el objetivo principal, es uno: pensarnos en el ejercicio de la práctica para no caer en roles normalizadores, ya que estamos advertidas de que las palabras instituyen sentidos y prácticas, e instalan lugares. Nuestra tarea es siempre acompañar la construcción de un proyecto de vida singular y a

la vez colectivo de aquellxs con lxs que trabajamos. Nos urge reflexionar sobre cómo acompañar, qué esperar, cómo hacer para no esperar, trabajar con la categoría de cuidados al intervenir con jóvenes en riesgo, entendiendo que la complejidad que implica pensar una multicausalidad en sus padecimientos: principalmente la exclusión social y la vulneración de derechos que padecen, la fragilidad social y psíquica tienen lxs adolescentes, ni tan niñxs ni tan adultxs, con referentes muy ocupados en llevar comida a sus casas, cuando las sustancias son moneda corriente en los barrios, la violencia policial, entre otras. En este escenario algunos textos fueron pasando por nuestras manos, entre ellos el que comentaremos a continuación: “Semilla de crápula. Consejos para los educadores que quieran cultivarla” (1945).

Fernand Deligny fue un trabajador francés del campo de la educación, psicología y psicopedagogía que se ocupó de abordar lxs llamadx “niñxs problema”, autistas, retrasados, durante la posguerra. Escribió algunxs textos en relación a su práctica, realizando una fuerte crítica a la sociedad de su época. Sin dudas trabajaba en favor de dar la palabra y el protagonismo a esxs jóvenes sobre sus propias vidas, lo opuesto a la educación que se pensaba (y aún se piensa) en aquella época.

En Semilla de crápula el autor redacta una especie de guía para educadores, caracterizando al oficio como “oficio de planchadora”, es decir, que desde la mirada adultocentrista, progresista, supuestamente inclusiva, esxs pibxs vienen arrugados, desprolijos, y es aquel en el lugar de educador (allí nosotrxs ubicamos: trabajadorxs de centros de referencia, la policía, lxs vecinxs, los medios de comunicación, el Estado, incluso trabajadorxs de la salud mental) que puede moldearlos, acomodarlos, y en este accionar despojarlos de sus proyectos (nosotrxs leemos: sus anhelos, sueños, afectos). El texto, lejos de dar consejos aplicables, transmite que no hay posibilidad de bajar línea, de usar recetas o fórmulas para trabajar con estos pibxs, y que el oficio de planchadora tiene sus fisuras: algo siempre se escapa.

¿Por qué leer a Deligny en esta época?

El contexto que describimos de nuestro territorio, no parece muy alejado de donde a nuestro autor le tocó trabajar. La escritura del francés transmite su trabajo artesanal en instituciones, como él va tejiendo su posición frente a estos pibxs, o mejor, con lxs pibxs. Trabajando su esperanza, y su desilusión frente a lo que se proponía, con su cuerpo en primer plano y de allí su fuerte necesidad de escribir.

Deligny nos va a hablar de niñeces, a quien él nombró en su primera página “crías de hombre”, y se refiere a aquel que trabaja con ellxs como “cultivador”. Aquí nosotras recuperamos la expresión utilizada por el Colectivo Juguetes Perdidos: “pibes silvestres”, aquellxs que no se acomodan a lo que la normalizadora sociedad espera, que oscilan entre ser peligrosos e invisibles, que “no estudian ni trabajan, que dan miedo porque no calculan, que no valen porque son malvenidos, que pueden ser mulos pero también pueden estar locos...” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014).

¿Qué siembra aquel que trabaja con las crías de hombre? Semillas de crápula dirá Deligny, y al indagar qué significa esta extraña palabra, encontramos: 1) Disipación, libertinaje; 2) Embriaguez o borrachera; 3) Persona que lleva una vida contraria a toda norma moral y que busca fundamentalmente satisfacer sus deseos sexuales (Real Academia Española, s.f.). En fin, pareciera nombrar a aquellxs que no tienen escrúpulos, los depravados, quienes están entre los excesos, el desorden y el desenfreno.

El autor hace una analogía de la crápula con otras plantas: cizaña, cardo amapola, todas estas tienen sentidos negativos, infectan, son venenosas, no son productivas, no se comen, tienen espinas, molestan al cultivo de otras plantas que sí son valiosas. Así como en el campo hay semillas y semillas, en la sociedad existen niñeces y niñeces, adolescencias y adolescencias, algunas se visualizan con valor cultural, otras tienen como destino la expulsión, son la resaca del sistema. Tanto Deligny como nosotras, abordamos las segundas y apostamos al trabajo con la incomodidad, con aquello que lxs pibxs ya han transformado “al punto de hacerlo irreconocible, insoportable, atroz” (Valeriano, 2017, en Semilla de Crápula).

Ante la siembra del cardo y la cizaña, Deligny advierte que no nos apresuremos a barrer los graneros “ La cosecha, si hay cosecha, será para otro momento, para más tarde

o para siempre” (Deligny, 1945). Luego afirma “la semilla de crápula es de todos modos semilla de hombre”. ¿Qué podemos hacer con estas cosechas de crápula, con estos pibxs silvestres, indomesticables, que pueden crecer en cualquier lugar y parecen inmunes a nuestros cuidados? Lxs pibxs silvestres (2014) crecieron solos, sin instituciones capaces de alojar esas intensidades, molestan, se hacen notar, cambiaron la lógica de la vida de los barrios, rechazan la vida-mula y se envuelven en formas de vida intensa que se vuelve corta, con el telón de fondo de la pobreza, problemas familiares, violencia, drogas de mala calidad, prácticas de robo. Estos pibxs nacen y crecen muy rápido, maduran y se pudren pronto (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014).

El clima favorece o desfavorece la siembra, y por más que el cultivador haga las cosas correctamente, puede tocar una temporada seca o fuertes tormentas y arruinar los cultivos. Lo mismo pasa con los discursos y lo político en el territorio, a veces el viento sopla en contra, el capitalismo se apropia de los sentidos: tener plata a cualquier costo, el rechazo al otro, etc. La escuela deja de ser un espacio donde puedan identificarse, familias implosionadas, que llegan con lo último de plata y ánimos, sin espacio para contener a esos jóvenes, que empiezan a trabajar muy pronto. Más que abrigar estas vulnerabilidades, las instituciones intentan moldearlos, “plancharlos”, callarlos: trabajadorxs de centros de referencia, la policía, lxs vecinxs, los medios de comunicación, el Estado, incluso trabajadorxs de la salud mental.

Lxs pibes se divierten, crecen, disfrutan, experimentan y también sufren, y mucho. Llegan a los espacios de salud como el nuestro cuando hubo vulneraciones previas, el consumo de drogas en un menor de edad es una vulneración de derechos. No hay otra forma de pensarlo. Lxs recibimos en calidad asistencial, el consumo problemático es tema de salud mental. Muchas veces caen por demanda de un otrx preocupado, que a veces llega tarde. Muchas otras por pedido de la justicia por alguna causa. Sin querer generalizar diríamos que el trabajo más duro es poder armar una demanda allí, que quieran venir a encontrarse con nosotras o con algún espacio, convertirnos en alguien importante en sus trayectorias. ¿Y qué podemos ofrecer? ¿Cuál es nuestro posible?

Parece difícil pensarlo, sabemos lo que no queremos: normalizar, salvar, curar, bajar línea.

Conclusión

La lectura que estos dos textos hacen de los jóvenes guarda una cercanía con las personas que acompañamos en el dispositivo, a pesar de que hablemos de épocas y lugares diferentes. También llegan los adultos que sufrieron esa expulsión y que tuvieron una vida intensa en su juventud y hoy, sufren por eso y por otras cosas. Acompañamos a esas vidas que se están desarrollando, aprendiendo y creciendo a lo que lo hagan rescatando su singularidad y evitando planchar la cosa. Cada presentación es diferente y así lo serán nuestras intervenciones. Caso por caso, vez por vez. Si intervenimos entonces ¿dejan de ser silvestres? No lo sabemos, la cosecha será para después, dice Deligny. Apostamos a que haya cosecha de lo que salga siendo estos jóvenes para que vivan más consecuentes con su deseo y con el aprendizaje del cuidado de unx mismx y de los otrxs. En un escenario de trabajo con incertidumbre, sentimientos de insuficiencia de nuestras intervenciones, miedo por saber del riesgo en el que se ponen lxs jóvenxs, pensamos que acompañar es también revitalizarnos: “(...) aquí es necesario un reconocimiento fundamental: no estamos con los pibes y pibas porque nos preocupan sus vidas, estamos allí porque lo necesitan las *nuestras*. Requerimos como combustible anímico y vital esas energías crudas e “inocentes” -casi siempre ellos hacen más por nuestras vidas adultas que lo que nosotros hacemos por sus vidas de infantes y adolescentes...” (Colectivo Juguetes perdidos 2017, en Semilla de crápula).

Por eso se nos hace urgente encontrarnos a compartir las resonancias de nuestro trabajo en territorio; hallamos a tantos autorxs, que nos sabemos acompañadxs frente a la adversidad del retiro del Estado de la vida de todxs que impacta aún más profundamente en lxs pibes con los que trabajamos. Construir equipos de trabajo, conformar grupalidades, tejer y reconstruir lazos rotos por el individualismo y la crueldad forman parte de nuestro trabajo cotidiano, que guarda partes iguales de frustración como de esperanza.

Bibliografía

Deligny Fernand (1945). Semilla de crápula. Consejos para los educadores que quieran cultivarla. Tinta Limón.

Bartolotta, L.; Gago, F. (2023). Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad. Tinta Limón.

Colectivo Juguetes Perdidos. (2014). ¿ Quién lleva la gorra?: Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres. Tinta limón.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [23/11/2024].